

Asalariados inmigrantes en enclaves de agricultura intensiva: crisis del sur de Europa y sostenibilidad social

En este artículo se presentan los resultados preliminares de una investigación en curso (Proyecto ENCLAVES) que se pregunta por la sostenibilidad social de los enclaves de agricultura intensiva del sur de España. Desde hace décadas, la configuración de enclaves de producción agroexportadora ha constituido una de las estrategias de inserción regional en la economía global. La actual crisis está cuestionando esta estrategia de desarrollo debido a la profunda fractura social (desempleo masivo, polarización social) abierta en los países de sur de Europa. Más allá de las dimensiones globales de la crisis, parece claro que los impactos regresivos del actual momento recesivo se distribuyen diferencialmente en función de las estrategias de desarrollo seguidas por los diversos territorios del mosaico europeo. Es decir, en la sociedad local, dependiendo de la opción de desarrollo que haya modelado su territorio y estructura social, la crisis se digiere de una forma u otra. Dado el protagonismo y centralidad de los trabajadores procedentes de la migración internacional en los resortes productivos y económicos de las sociedades del sur de Europa en las últimas décadas, y su particular modalidad de inserción, el presente artículo propone rastrear la metamorfosis de la condición inmigrante en el contexto de la actual crisis estructural como indicador de la sostenibilidad social de la opción de desarrollo seguida por una serie de regiones que han venido especializándose en la producción intensiva y globalizada de frutas y hortalizas en fresco. Estos cambios en la condición inmigrante revelan las contradicciones entre la norma de competitividad y la cohesión social de una determinada opción de desarrollo.

Andrés Pedreño y María Elena Gadea son profesores de Sociología de la Universidad de Murcia y Carlos de Castro en la Universidad Autónoma de Madrid

La autocrítica que planteó Rinken (2013) para una «sociología en tiempos de crisis»¹ se preguntaba:

¹ S. Rinken, «El día después; la sociología de las migraciones en tiempo de crisis», *Revista Española de Sociología*, núm. 19, 2013, pp. 171-186.

«Durante la bonanza económica, los científicos sociales ¿hicimos bien nuestro trabajo? Y ¿hasta qué punto estamos a la altura de los retos que en términos de análisis de la realidad social, plantea la actual época de crisis?»²

Esa autocrítica, se concreta en:

«[...]encontramos numerosos avisos sobre la calidad insuficiente del empleo inmigrante, pero apenas alertas acerca de la insostenibilidad del propio modelo productivo. [...] Visto que la empleabilidad de una población inmigrante cada vez más numerosa se basaba en la vigencia de un modelo productivo muy intensivo en mano de obra, la falta de advertencias al respecto resulta chocante».³

Compartimos en parte el discurso manifiesto de este diagnóstico, aquel que llama a la reflexividad crítica, aunque no nos sentimos cómodos con el discurso latente, que parece apuntar a la necesidad de políticas migratorias más restrictivas. Desde hace tiempo llevamos investigando desde la perspectiva del modelo productivo –con mayor énfasis en el modelo de agricultura intensiva del sur de Europa–, la forma de encaje de la fuerza de trabajo inmigrante. Las dramáticas consecuencias de la crisis abierta en el 2008 ponen, efectivamente, sobre la agenda pública la sostenibilidad del modelo de desarrollo del sur de Europa. Pero no, como la entiende Rincken, una sostenibilidad entendida en la garantía de una empleabilidad de una población inmigrante cada vez más numerosa. Más bien se trata de cuestionar la sostenibilidad en términos de si garantiza vidas dignas para los trabajadores inmigrantes y para el conjunto de la ciudadanía social. Desde este enfoque, el problema radica en el modelo de desarrollo altísimamente precario que en el sur de Europa históricamente se ha comportado a través de momentos expansivos que ha requerido de la movilización de trabajadores eventuales (jóvenes, mujeres e inmigrantes) y en los momentos recesivos ha generado unas altísimas tasas de desempleo. Eventualidad y desempleo se han retroalimentado continuamente en este modelo de desarrollo, erosionando una y otra vez la sostenibilidad de la vida de los trabajadores y trabajadoras, siendo sus franjas más vulnerables, los y las inmigrantes pero no solamente, las que mayormente han concentrado las consecuencias más negativas. La política migratoria ha estado al servicio de este modelo y, en el mejor de los casos, ha amortiguado alguno de sus efectos más perversos.

La sociología de las migraciones no se preguntó por la sostenibilidad del modelo de desarrollo (hasta aquí de acuerdo con Rincken) y (tomemos distancia con Rincken) redujo la cuestión social a la cuestión migratoria, como si la precariedad generalizada fuera un problema étnico y no pusiera en riesgo la sostenibilidad de la propia vida social.

² *Ibidem*, p.171.

³ *Ibidem*, p.175.

Efectivamente, una «sociología de las migraciones en tiempos de crisis» tiene “el reto de prevenir un rechazo nativista contra los inmigrantes». ⁴ Por ello es pertinente seguir preguntándose por la sostenibilidad del modelo desarrollo, pero no en términos de su instrumentalidad para la empleabilidad o no de la población inmigrante, sino por su aportación a la sostenibilidad de la vida social.

Modelo de desarrollo del sur de Europa e inmigración

El modelo de desarrollo seguido por las regiones del sur de Europa propició una dinámica expansiva de década y media (1994-2008), durante la cual, en países como España:

«La elevada tasa de creación de empleo permitió incorporar el mayor contingente de fuerza de trabajo de toda su historia: siete millones de trabajadores, la mitad migrantes de los países del Sur global” y se produjo “un espectacular incremento del valor del patrimonio de las familias que creció en más de tres veces en sólo diez años gracias a la continua alza de los precios de la vivienda». ⁵

Sin embargo, este modo de desarrollo ha tenido unos notables efectos sociales y ambientales que explican la dimensión catastrófica que ha adquirido la crisis global en las regiones de la periferia del sur de Europa. Su especialización productiva se concentra en sectores de bajo valor añadido (turismo, hostelería, agricultura intensiva, industria de transformación alimentaria, etc.), intensivos en mano de obra y dependientes de mercados externos, con unas relaciones de trabajo caracterizadas por una fuerte eventualidad.

La producción globalizada de alimentos se ha visto impulsada por la liberalización del comercio iniciada por la OMC y por la ampliación de la escala de operaciones de las empresas transnacionales

En este contexto los flujos migratorios internacionales arribaron en las regiones meridionales europeas conforme la modernización económica transfería hacia otros sectores en expansión las bolsas de trabajadores eventuales autóctonos generando problemas de escasez en los sectores más tradicionales que seguían siendo muy intensivos en trabajo. El reclutamiento de trabajadores inmigrantes posibilitó la reproducción de ese modelo de desarrollo de capitalismo meridional que perpetuaba la eventualidad como relación social de

⁴ *Ibidem*, p. 180.

⁵ I. López y E. Rodríguez, *Fin de siglo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010, p. 20.

producción básica. Esta lógica configuró «regiones vulnerables»⁶ que en la fase recesiva se tradujeron inmediatamente en tasas de desempleo históricas.

La agricultura intensiva de exportación ha tenido y tiene un protagonismo en las estrategias de desarrollo de estas regiones, particularmente, en la vertiente mediterránea española. Concretamente, el subsector de los cultivos intensivos de hortalizas y frutas para mercados de fresco⁷ en la medida que moviliza importantes contingentes de fuerza de trabajo asalariada, se presenta como un escenario privilegiado para preguntarse por su sostenibilidad social. Para ello, a continuación centraremos nuestra atención en el caso de la región de Murcia, un polo de producción intensiva de frutas y hortalizas en fresco para su exportación a los países europeos del Norte.

La producción globalizada de alimentos se ha visto impulsada por la liberalización del comercio iniciada a finales de los años setenta por la OMC y por la ampliación de la escala de operaciones de las empresas transnacionales.⁸ Esto ha llevado a una profunda reestructuración espacial y organizativa de la producción agroalimentaria puesto que, por un lado, han proliferado numerosos enclaves de agricultura intensiva en diferentes partes del mundo y, por otro lado, ha aumentado el protagonismo de grandes cadenas de distribución comercial que controlan esas cadenas globales de producción.⁹ El resultado ha sido la configuración de una cadena global agroalimentaria territorialmente muy jerarquizada en la que puede distinguirse una lógica de ganadores y perdedores. Los ganadores serían aquellas empresas de los países centrales que logran controlar las fases estratégicas y de mayor rentabilidad de la cadena (investigación y distribución comercial) mientras que los perdedores serían los trabajadores de aquellas empresas de producción local cuyas rentabilidades son potencialmente más bajas y que dependen principalmente de la intensificación de la explotación del trabajo.¹⁰

⁶ L. E. Alonso y F. Conde, «Las paradojas de la globalización: Estado del bienestar nacional y las regiones vulnerables», *Estudios Regionales*, núm. 44, 1996, pp. 87-124.

⁷ Desde la sociología de la agricultura estos mercados son definidos como «alimentos que socialmente se definen como frescos por contraposición a los transformados. De hecho, todos los alimentos son transformados, en el sentido de que siempre existe mediación humana entre ellos y el consumidor. Los tomates o los plátanos “frescos” que consumimos son cosechados antes de madurar, refrigerados y transportados (normalmente a miles de kilómetros de distancia), calentados y/o gaseados para obtener la madurez y, a continuación, colocados en los estantes de las tiendas en las que podemos comprarlos. Si se definen socialmente como “frescos” y no como transformados, es por su relativo carácter perecedero, que contrasta con la larga vida relativa o carácter duradero de otros alimentos fáciles de almacenar (cereales, azúcar) o, que con alguna forma de intervención (secado, envasado, refrigeración), pueden almacenarse durante largos periodos de tiempo». Véase W. Friedland, «La nueva globalización. El caso de los productos frescos», en A. Bonnano (ed.), *La globalización del sector agroalimentario*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, España, 1994, p.276.

⁸ L. Busch y C. Bain, «New! Improved? The transformation of the Global Agrifood System», *Rural Sociology*, vol. 69, núm. 3, 2004, pp. 321-346.

⁹ G. Gereffi, J. Humphrey y S. Sturgeon, «The governance of global value chains», *Review of International Political Economy*, vol. 12, núm. 1, 2005, pp. 78-104 y L. Busch, «Can Fairy Tales Come True? The Surprising Story of Neoliberalism and World Agriculture», *Sociologia Ruralis*, vol. 50, núm. 4, 2010, pp. 331-351.

¹⁰ A. Bonnano, *op. cit.*

Murcia es uno más de los enclaves de agricultura intensiva que han surgido en el sur de Europa. Desde finales de los años ochenta la estrategia de desarrollo de la región de Murcia ha consistido en insertarse en las redes de la economía global por medio, principalmente, del fomento de tres sectores de actividad: turismo, construcción y, sobre todo, exportación de frutas y hortalizas en fresco.

Las grandes cadenas de distribución comercial, que controlan los canales de comercialización, ejercen una poderosa presión sobre los productores locales

La incorporación de España a la Unión Europea en 1986 permitió que el sector hortofrutícola de Murcia pudiera acceder al vasto mercado europeo para convertirse en lo que se ha llamado «la huerta de Europa»,¹¹ ampliando así su escala de producción. Desde entonces, gran parte de la producción agroalimentaria se destina a la exportación, principalmente a abastecer las variedades más demandadas por los consumidores europeos. Esta orientación exportadora ha ido de la mano del desarrollo de nuevas estrategias comerciales dirigidas por las preferencias de los consumidores y controladas por las grandes cadenas de distribución. Las grandes cadenas de distribución comercial, que controlan los canales de comercialización, ejercen una poderosa presión sobre los productores locales. Al necesitar suministro a lo largo de todo el año, su estrategia consiste en recurrir a proveedores de diferentes partes del mundo (mercado contraestacional). Esto provoca que la actividad de los productores esté absolutamente condicionada por los periodos de tiempo (entre dos y tres meses) en los que abastecen a los supermercados. Cualquier retraso o adelanto de la cosecha (debido a factores climáticos, fitosanitarios, de transporte) puede tener dañinos efectos económicos. Al igual que otras regiones, en Murcia los productores locales han tomado la iniciativa tratando de ampliar el calendario productivo por medio de la introducción de nuevas variedades o buscando los mercados locales en otros momentos del año.

Por otro lado, la ampliación de la escala de producción, unido a la orientación exportadora, ha multiplicado las necesidades de recursos: capital, agua, tierra y trabajo. Esto ha provocado un importante cambio en la estructura del tejido empresarial del territorio en la que los pequeños productores han sido desplazados por las grandes y medianas empresas o cooperativas de productores. Murcia no ha sido una excepción con respecto a esta tendencia. De una agricultura que tradicionalmente se estructuraba en torno a pequeñas y medianas explotaciones gestionadas por pequeños productores se ha pasado a una agri-

¹¹ A. Pedreño, «Sociedades etnofragmentadas» en A. Pedreño y M. Hernández (coords.), *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*, Ediciones de la Universidad de Murcia, 2005, pp. 75-106.

cultura de grandes empresas.¹² En segundo lugar, con respecto a la tierra, puede apreciarse un aumento del tamaño medio de las explotaciones, un proceso que apunta claramente hacia un paulatino acaparamiento de tierras o concentración de la propiedad de las tierras y, consecuentemente, hacia una paulatina expulsión de los pequeños productores. En tercer lugar, la producción agroalimentaria a gran escala, por un lado, requiere de grandes cantidades de mano de obra y, por otro lado, gracias a la estructuración en torno a grandes empresas, se ha dado lugar a un proceso de asalarización masiva de la mano de obra, incorporando en ocasiones a algunos de los pequeños productores previos. Así pues, los enclaves de agricultura de exportación son muy dependientes del trabajo asalariado especialmente durante los periodos de cosecha. A pesar de que las empresas productoras han intentado ampliar el calendario productivo, no han conseguido reducir significativamente la estacionalidad de la actividad. Y precisamente la estacionalidad de la actividad y la condición perecedera de los productos aumentan su dependencia del trabajo asalariado durante la campaña. Obviamente la expansión de la agricultura intensiva ha provocado que aumenten las oportunidades de empleo en la región. Así, en 2011 en la región de Murcia trabajaban 75.169 personas en actividades agrícolas y 19.120 en la industria del procesamiento de alimentos, lo cual representa el 18,8% sobre el total de empleo en la región, muy por encima de la media nacional. No obstante, al mismo tiempo, se trata de trabajos estacionales, muy duros y de bajos salarios. Esta precariedad del trabajo agrícola ha acrecentado las dificultades de las empresas para abastecerse de mano de obra lo suficientemente cualificada y disponible para los periodos requeridos.

En el caso de la región de Murcia, desde mediados de la década de los noventa ese incremento de la demanda de trabajo asalariado en la agricultura se ha cubierto, en términos generales, con trabajadores inmigrantes y con mujeres autóctonas, lo cual ha dado lugar a un mercado de trabajo segmentado sexual y étnicamente.

Crisis del modelo de desarrollo y repercusiones sobre la inmigración

A pesar de la estrategia de salarios bajos propiciada por la expansión de la agricultura intensiva, los trabajadores inmigrantes pusieron en marcha estrategias de progresiva integración social aprovechando los recursos del sistema de protección social y presionando para mejorar sus condiciones laborales. El régimen de trabajo de la agricultura intensiva también se vio cuestionado por lo que en otra parte analizamos en términos del ejercicio de un derecho

¹² L. Camarero, R. Sampedro y J. I. Vicente-Mazariegos, «Los horticultores: una identidad en transición (1988)», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 22, 2002, pp. 43-69 y P. Segura y A. Pedreño, «La hortofruticultura intensiva de la Región de Murcia: un modelo productivo diferenciado» en M. Etchezarreta, *La agricultura española en la era de la globalización*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería, Madrid, 2006, pp. 369-421.

de fuga¹³ expresado en la movilidad hacia otros sectores económicos, y territorial hacia otras regiones con oportunidades de empleo más diversificadas.

Esta trayectoria más o menos ascendente se truncó con el advenimiento de la crisis de 2008. El vehículo de la integración social pacientemente tejido durante los últimos años se resquebraja por todas partes. La generalización del desempleo y la pobreza convierte a la crisis en un punto de inflexión para la vida de la gente trabajadora inmigrada.

la ampliación de la escala de producción, unido a la orientación exportadora, ha multiplicado las necesidades de recursos: capital, agua, tierra y trabajo

En este contexto de crisis, los enclaves productivos agroexportadores evidencian las contradicciones sociales que anidan en su interior, resultado de la tensión entre competitividad económica y sostenibilidad de la vida y del trabajo, que se pueden concretar en tres:

1. La búsqueda incesante del abaratamiento de costes laborales como estrategia de competitividad lleva continuamente a los empresarios a “seleccionar” su fuerza de trabajo entre la población más vulnerable y disponible para la aceptabilidad de formas más intensivas de trabajo y más degradadas salarialmente.

La vulnerabilidad de los trabajadores inmigrantes también se está reproduciendo en la actual fase recesiva, como muestra el hecho de que están siendo los primeros en ser expulsados del mercado laboral en la actual coyuntura recesiva, con una tasa de desempleo que casi duplica a la de los nacionales, especialmente en el caso de los extranjeros extracomunitarios.

Ciertamente, la agricultura se ha convertido en un “refugio” para muchos trabajadores golpeados por la crisis. Pero si miramos esta evolución en función del origen nacional concluiremos que este trasvase es más intenso en el caso de los trabajadores extranjeros, y mucho menor entre los trabajadores españoles. Hay más mujeres inmigrantes que varones. Es decir, la agricultura es un refugio, efectivamente, pero étnicamente diferenciado también en términos de género. En definitiva, las fracciones más vulnerables de las clases trabajadoras, esto es, los trabajadores inmigrantes no comunitarios, son los que mayormente están encontrando un “refugio” en la agricultura (pues persiste en términos

¹³ A. Pedreño, «Proletarizados y etnicados: la inmigración ecuatoriana en la agricultura intensiva de la Región de Murcia» en V. Bretón, F. García, A. Jové y M^a J. Villalta (eds.), *Ciudadanía y exclusión. Ecuador y España frente al espejo*, Los Libros de la Catarata, Barcelona, 2007, pp. 225-250.

generales el rechazo al trabajo en un sector donde perduran unas condiciones laborales altamente precarias). Ahora la agricultura salarial cuenta con un ejército de mano de obra disponible, vulnerable y altamente disciplinado. Y como en otros momentos de abultamiento del ejército de reserva, las empresas del sector están encarando las dificultades de la crisis mediante una estrategia de competitividad basada en la reducción de costes laborales. Estamos asistiendo a una proliferación de las prácticas de economía sumergida (destajos, ausencia de contrato, no remuneración de las horas extraordinarias, prestamistas informales de mano de obra, etc.), a una intensificación de los ritmos de trabajo y a una generalización de la precariedad laboral en un sector donde siempre persistió la eventualidad como relación contractual básica.

2. La búsqueda continua de fuerza de trabajo vulnerable ha hecho que las relaciones de género y el disciplinamiento patriarcal se reproduzcan continuamente a pesar de los cambios y discontinuidades que se observan en el tiempo.

La etnificación del trabajo en la agricultura a lo largo de los años noventa supuso, al mismo tiempo, la progresiva masculinización de las tareas jornaleras de recolección y plantación, antaño realizadas por mujeres autóctonas,¹⁴ que fueron sustituidas por una mano de obra más vulnerable y disponible, como la que aportaba el flujo migratorio procedente de Marruecos. Por contra, en las feminizadas tareas de manipulado y confección del producto propias del almacén agrícola persistieron las trabajadoras autóctonas. Conforme el flujo migratorio se fue feminizando, y crecía la disponibilidad de trabajo femenino inmigrante, las mujeres trabajadores reaparecieron en los campos, y en los almacenes las inmigrantes fueron progresivamente sustituyendo a las mujeres autóctonas. En estos procesos de sustitución de mujeres trabajadoras según su origen étnico, sin embargo, persistieron las pautas tradicionales de la división sexual del trabajo. De hecho, el rol subordinado que las mujeres habían venido desempeñando se fue transfiriendo ahora a las mujeres extranjeras inmigrantes recién llegadas.

La estabilidad de este orden empezó a cuestionarse conforme crecía el protagonismo de las nuevas mujeres trabajadoras, más jóvenes, con otro nivel educativo e incluso con una procedencia social extra agrícola. Estas mujeres ya no representaban su trabajo como ayuda familiar, y sus exigencias de reconocimiento y de posición social suponían un constante desafío a la rígida división de funciones masculinizadas y feminizadas, así como a la segmentación de tareas del proceso de trabajo según género. A menudo su cuestionamiento de este orden implicaba la movilidad hacia otras ocupaciones más atractivas.

¹⁴ J. Vicente Mazariegos (coord.), *La situación socioprofesional de la mujer en la agricultura*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, España, 1991.

La presencia cada vez más cuantiosa de mujeres inmigrantes extracomunitarias posibilitó una nueva fuerza de trabajo a las empresas agrícolas, que fue movilizada en un proceso intensivo de sustitución de las mujeres españolas. La posición subordinada de la mujer en el trabajo agrícola se transfirió a las nuevas trabajadoras de origen inmigrante, pero el hecho de que hoy una buena parte de las mujeres trabajadoras sean de origen inmigrante advierte de la presencia de la etnicidad como una nueva categoría social que se articula con las anteriores.

Los enclaves productivos agroexportadores evidencian las contradicciones sociales, resultado de la tensión entre competitividad económica y sostenibilidad de la vida y del trabajo

3. La persistencia de una perpetua problemática de reproducción social del trabajo, lo que lleva a las franjas menos vulnerables de la población trabajadora a rechazar las opciones de empleo ofertadas por los mercados agroexportadores, inclusive en la actual situación de desempleo de masas. Este rechazo es un indicador de la insostenibilidad social de esta opción de desarrollo pues evidencia su imposibilidad de construir una relación de empleo que dote de dignidad a los asalariados agrícolas. Los hijos e hijas de las familias inmigrantes jornaleras son un interesante indicador de esta crisis de sostenibilidad y reproducción social inherente a la agricultura de exportación.

Recientemente hemos realizado una investigación¹⁵ en la que nos planteamos ¿heredarán los hijos de inmigrantes los puestos de trabajo de sus padres, y con ellos, la condición inmigrante,¹⁶ a pesar de haber vivido en España desde una edad temprana y de haber sido escolarizados en este país? Pregunta que puede plantearse de otra manera, apuntando directamente a los mecanismos que estructuran el mercado de trabajo agroexportador: ¿el lugar que hoy ocupan los inmigrantes será ocupado en el futuro por sus hijos, los españoles de origen inmigrante?

Aunque es indudable que la búsqueda de mejoría de las condiciones de vida y trabajo forma parte del sentido práctico inmigrante, y así se refleja en las estrategias que despliegan y ponen en marcha, también en el mismo se incorpora la contundente realidad de unas posibilidades limitadas, de tal forma que emerge en el discurso de los padres una especie de fatalismo que viene a constatar los límites de lo realizable, momento que impone en sus disposiciones la asunción del trabajo degradado y precario como “desti-

¹⁵ A. Pedreño (coord.), *Que no sean como nosotros. Trayectorias formativo-laborales de los hijos de familias inmigrantes en el campo murciano*, Editum, Universidad de Murcia, 2013.

¹⁶ A. Pedreño, *op. cit.*, 2005.

no”; un destino propio de su ser social en la sociedad de acogida, en la cual ser extranjero consiste en hacer trabajos destinados a extranjeros.

Uno de esos destinos laborales, “el trabajo en el campo” condensa, a modo de visión del mundo compartida, los adjetivos más negativos de su experiencia migratoria y, sobre todo, representa de forma paradigmática el destino que de ninguna manera quieren ni desean para sus hijos. Los padres confían en que la escuela “libre” a sus hijos del efecto destino ejercido por la pertenencia a la condición inmigrante, propiciando trayectorias laborales que contribuyan a la dignificación social que ellos han visto mermada.

Pero la inseguridad e incertidumbre laboral imponen sus reglas y no todos los hijos van a poder beneficiarse de la inversión escolar deseada por los padres. A través de las condiciones de empleo y trabajo de los padres se produce lo que podríamos llamar un efecto inercia, a través del cual la precaria situación social y laboral de los padres tiende a trasladar a los hijos ese mismo estado de precariedad existencial. En efecto, los largos horarios de trabajo en los campos o almacenes de manipulado o las condiciones de informalidad de las relaciones de empleo inciden en las posibilidades escolares de los hijos, en sus trayectorias formativas y laborales. Y es que en un contexto de subsistencia tan extremo como el que experimentan las familias inmigrantes recién asentadas, la cantidad y calidad de la inversión escolar en los hijos va a depender, de una serie de condiciones sociales cruciales como la edad de llegada a España (llegar a una edad temprana garantiza una escolarización más larga e hipotéticamente menos abocada al fracaso o abandono escolar) o la posición en la fratría (los hermanos mayores tienen más presiones familiares para ponerse a trabajar lo antes posible y contribuir a los ingresos siempre escasos de las familias inmigrantes).

Las trayectorias de estos jóvenes están marcadas por las necesidades familiares, el deber de contribuir cuanto antes al sostenimiento del grupo, los recursos limitados de éste, el abandono de los estudios y, en definitiva, la etnicidad como variable estructurante y sobredeterminada que confiere a este nuevo proletariado una seña distintiva construida durante décadas de reparto socialmente elaborado y espuriamente legitimado de los bienes, los recursos, los trabajos, y las representaciones simbólicas asociadas a unos u otros grupos sociales. La segmentación étnica del mercado de trabajo opera en este sentido, asignando determinados trabajos y condiciones laborales a unos grupos definidos por su etnia. Estos condicionamientos se refuerzan con la acción y el ambiente del grupo de pares, sobre el que lógicamente se apoyan los jóvenes en su difícil tránsito entre la escuela de origen y la escuela de destino y, fundamentalmente debido a la rapidez del proceso, entre la escuela y el mercado de trabajo. Para estos jóvenes, en definitiva, se reproduce como algo inapelable el destino de los padres.

Esta modalidad de inserción laboral, sin duda, posibilitará a los sistemas productivos que han basado su norma de competitividad en los salarios bajos, como la agricultura intensiva mediterránea, una fuerza de trabajo disponible y vulnerable. No obstante, la visión del mundo de los hijos de inmigrantes se sostiene sobre una clasificación de las opciones ocupacionales según la cual los “trabajos duros e indignos”, representados de forma paradigmática por los trabajos agrícolas, son fuertemente denostados. En la medida que esta estrategia de rechazo de determinados trabajos, como el de la agricultura, sea viable y realizable, la reproducción endógena de la fuerza de trabajo jornalera se pondrá en cuestión.

Conclusiones

Hemos mostrado que los espacios de agricultura intensiva dependen de que exista de manera permanente una población socioeconómicamente vulnerable cuyo origen se encuentra en las desigualdades de la estructura social del territorio. Lo relevante no es el hecho de que los trabajadores sean inmigrantes, sino más bien que ocupan una posición social, económica y políticamente vulnerable, permanentemente renovada y reproducida que ha sido ocupada por diferentes colectivos a lo largo de la historia de la región. La figura o la posición del trabajador eventual cuenta, por tanto, con una larga tradición en el conjunto del sur de Europa. Hoy son los inmigrantes quienes encarnan esa figura o quienes ocupan esa posición. Mañana podrían ser otros.

Esta pervivencia de la eventualidad como característica básica de las relaciones de empleo en los enclaves productivos agroexportadores plantea una tensión fundamental entre competitividad económica y sostenibilidad de la vida y del trabajo. El que solamente las fracciones más vulnerables y disponibles de la fuerza de trabajo eventual estén optando por el mercado laboral agrario en la actual situación de crisis, el rechazo de los hijos e hijas de las familias inmigrantes jornaleras a “heredar” las posiciones laborales de sus padres y madres, así como la pervivencia de la dominación de género en la organización social del trabajo, son indicadores de las dificultades de la estrategia de desarrollo agroexportadora para garantizarse a largo plazo la reproducción de la fuerza de trabajo. De esta forma emerge con todas sus aristas la cuestión de la insostenibilidad social de esta opción de desarrollo, dada su imposibilidad de construir una relación de empleo que dote de dignidad a los asalariados agrícolas.